

corona tiene por remate su cruz,
y su templo esta embaldosado
con sus tumbas.

**

Ni la altura de las torres, ni el esplendor de los palacios del mundo, ni Napoleón, ni César, ni Mahoma, ni Pericles, nada hay que no caiga, nada hay que no se hunda en el misterioso abismo que confunde al espíritu: a pocos pies debajo de la superficie de la tierra reina el silencio más profundo; sólo en el exterior suenan el ruido y el estruendo.

30 de junio de 1830

V

LO QUE SE OYE EN LO ALTO DE
LA MONTAÑA

Oh altitud!

¿Habéis subido alguna vez silenciosamente a la cumbre de un monte para ver el cielo más de cerca? ¿En las playas del Sund o en las costas de la Bretaña? ¿Habéis tenido alguna vez el Océano al pie de alguna montaña, y en la cima, en medio de la inmensidad, inclinado hacia las olas, os habéis puesto a escuchar?

Os diré lo que desde allí se oye. —Al menos, un día que, soñoliento, mi pensamiento tendió su vuelo por una playa, y desde la cumbre de un monte, cuyo pie se sumergía en el golfo amargo, vió a un lado la tierra y al otro el mar, escuchaba yo, y oí; y jamás voz semejante salió de ninguna boca, ni conmovió tanto el oído de nadie.

**

Primero oí un ruido, confuso, inmenso, más vago que el viento que pasa por entre árboles espesos, lleno de armonías brillantes, de suaves murmullos, delicioso como un canto que se oye de noche, fuerte como el choque de las armaduras cuando la pelea estrecha los escuadrones y sopla furiosa en la boca de los clarines. Era ese ruido semejante a una música inefable, que fluída oscilaba sin cesar alrededor del mundo, y que en los vastos horizontes, en sus olas sonoras, rodaba ensanchando sus órbitas infinitas hasta el fondo, en el que su flujo iba a perderse en la obscuridad junto con el tiempo, el espacio, la forma y el número. Como otra nueva atmósfera esparcida y desbordada, el himno eterno inundaba todo el globo: el mundo, envuelto en esta sinfonía, como vuela en los aires, corría por en medio de esta

concierto. Pensativo oía yo esas arpas etéreas.

**

Pronto distinguí, confusas y veladas, dos voces en ese solo rumor, mezcladas una con otra, desde la tierra y desde el mar, extendiéndose hasta el cielo, que entonaban a un tiempo el canto universal; y distinguía una de otra, como se diferencian dos corrientes que se cruzan bajo las olas.

**

Una venía de los mares, entonando un himno de gloria; era la voz de las olas, que se hablan unas a otras; la otra se elevaba de la tierra en que vivimos, y era triste: era el murmullo humano, y en el gran concierto que suena noche y día, cada ola tenía su voz y cada hombre producía su ruido.

**

Como acabo de decir, el Océano tranquilo esparcía su voz alegre, y cantaba como un arpa en el templo de Sión, celebrando la hermosura de la naturaleza. Su clamor, arrastrado por las ráfagas del viento, ascendía sin cesar triunfalmente hasta la presencia de Dios, y cuando una de las olas, que él sólo puede domar, caía y quedaba silenciosa, otra se le-

vantaba para cantar a su vez. Como el bíblico león amansado por Daniel, el Océano, durante algunos momentos, bajó el diapason de su voz alta, y yo creía, en la encendida puesta del sol, ver pasar la mano de Dios por la melena de oro que se movía sobre el agitado mar.

**

Y al mismo tiempo, como haciendo contraste con esa augusta música, la otra voz, semejante al grito de un corcel, que se asusta, clamaba, como el gozne enmohecido de la puerta del infierno, y se oían lloros, gritos, injurias, anatemas y maldiciones entre el rugido tonante del rumor humano, como al llegar la noche se ven pasar a bandadas por los valles las aves de rapiña. ¿Qué era ese tumulto, en el que vibraban mil ecos? Era el grito de dolor del mundo y del hombre que lloraban. Esas dos voces extrañas e inauditas, que renacían sin cesar y que sin cesar se desvanecían, que oye el Eterno durante toda la eternidad, tienen un nombre: una de ellas se llama *Naturaleza* y la otra *Humanidad*.

**

Entonces medité, y mi espíritu jamás desplegó tanto sus alas; en mi sombra jamás había columbrado tanta luz; y medité por largo tiempo, contemplando alter-

nativamente, después del abismo obscuro que me ocultaban las olas, el abismo insondable que se abría en mi alma. Después me pregunté: ¿por qué el hombre está en el mundo, con qué objeto, qué hace el alma, qué es mejor, ser o vivir, y por qué Dios, que es el único que sabe leer en su libro, casa eternamente con himeneo fatal el canto de la naturaleza con el gemido de la humanidad?

27 de julio de 1829.

VI

A UN VIAJERO

Le une partie du monde ne sait point comme l'autre vit et se gouverne.

FELIPE DE COMMINES.

Regresáis de uno de esos largos viajes que nos hacen envejecer prematuramente y adquirir experiencia apenas salidos de la cuna; en vuestra larga carrera, habéis visto las olas de todos los mares, y el surco que vuestro bajel ha abierto en ellos pudiera dar la vuelta al mundo.

* *

El sol de veinte cielos alumbró vuestra vida; vuestros inconstantes deseos os llevaron a todas par-

tes para que dejaseis o recogiereis, y semejante al labrador que siembra y que cosecha, en todos los sitios que habéis recorrido habéis tomado y dejado algo a vuestro paso.

* *

Mientras que yo, menos dichoso y con menos experiencia que vos, contemplaba el paso uniforme de las estaciones por el mismo horizonte; como el árbol verde, que señala desde lejos mi casa, echando raíces en el umbral de la puerta, vegetaba yo aislado, deshojando allí mis días.

* *

Cansado de cambiar de paisajes y de hombres, regresáis al fin fatigado en demanda de reposo, y melancólicamente me referís vuestras excursiones infecundas, y vuestros pies, que han hollado el polvo de tres mundos, se calientan junto al fuego de mi hogar.

* *

Y ahora, llena la mente de pensamientos, acariciando las cabezas blondas de los niños, me habláis, preguntándome con amarga solicitud:—¿Dónde está tu padre? ¿Dónde tu hijo? ¿Dónde tu madre? ¿Viajan también?...

* *

En el viaje que están haciendo no brillan el sol ni la luna; ningun-

no al emprenderlo puede llevar consigo sus bienes ni su oro; Dios no lo permite: el viaje que han emprendido es largo y sin término; en él se camina con lentitud; ese viaje lo haremos todos.

* *

Presencie su partida, como asistí a la vuestra. En diversas estaciones los tres, uno tras otro, me abandonaron para siempre; después de su hora última enterré a esos seres, para mí tan queridos. Fui como un avaro, y escondí dentro de la tierra mi tesoro.

* *

Los vi partir. Consternado y afligido, he visto por tres veces un paño negro sembrado de blancas lágrimas tendido en esta casa; besando las manos frías de esos tres seres, lloré como una mujer; pero después de verles cerrados en el ataúd, mi alma se persuadió de que sus almas abrían sus alas de oro.

* *

Les vi partir como tres golondrinas, que van a buscar muy lejos otras primaveras más hermosas y estíos más frescos; mi madre entrevió el cielo, y partió la primera, y al expirar, sus ojos velados por la agonía destellaron celestial resplandor, que nunca olvidaré.

* *

La siguió muy pronto mi primogénito; después mi padre, noble veterano, curtido por el sol de cuarenta años de guerra: ahora los tres duermen el sueño eterno, y sus espíritus están haciendo el sombrío viaje para llegar allá adonde todos iremos.

* *

Si queréis darme gusto, cuando en el espacio brille la luna, subiremos los dos a la colina donde yacen nuestros antepasados, y os preguntaré, señalándoos la ciudad muerta que no está lejos de la ciudad dormida: ¿cuál de las dos duerme mejor?

* *

Venid; los dos, silenciosos y echados en el suelo, oiremos, mientras París hace callar su ruidoso torbellino, a ese millón de muertos, a esa mies humana, surgir confusamente de sus sepulcros, como los granos surgen del surco en que fueron sembrados.

* *

¡Cuántos viven alegres que debían llorar eternamente a los seres a quienes amaron! El tiempo trae consigo el olvido; el recuerdo de los que murieron se desvanece con mucha rapidez; tardan más en convertirse en polvo que en

borrarse de nuestra menguada mente.

¡Viajero, viajero, cuán locos somos! ¿Quién sabe cuántos muertos quedan olvidados a cada hora que pasa, y de los más dignos y de los más queridos? ¿Quién puede presumir cuántos dolores se embotan, quién puede sospechar cuántas tumbas ocultan cada día las matas de hierba que crecen?

6 de julio de 1829.

VII

ANTE UN VENTISQUERO DEL RÓDANO

Causa tangor ab omni.
OVIDIO.

Muchas veces, cuando mi espíritu, que sufre muchas transformaciones, flota y rueda adormecido en el mar de la vida, Dios, foco de la verdadera luz, que no alumbra a los ojos humanos, misterioso sol que abrasa al alma, le hiere con uno de sus rayos y le recoge y le hace remontarse hasta los cielos.

Entonces, mi elevada poesía, como nube errante, vuela capri-

chosa, sin elegir el camino, desde el Occidente al Sur, desde el Norte hasta el Oriente; y al columbrar, desde la altura de las radiantes bóvedas, las ciudades del mundo, desdeñándolas, huye de ellas.

Después, en el celaje de la mañana, brillando como una estrella, tan pronto recorta una franja para su velo; tan pronto, como un guerrero que hace crujir el metal de su arnés al andar, lanza relámpagos al bosque que susurra; tan pronto al pasar enrojece su negra armadura en la fragua del sol poniente.

Al fin, sobre un encumbrado monte, sobre Alpes de nieve, envidioso huracán la desgarró. ¿Pero qué importa? Suspendeda la nube sobre el abierto abismo, se trueca en fresco ventisquero, y con los mil florones que erizan su cima fabrica una corona para el monte gigantesco.

Como la alta cima de la colosal montaña, levanta también su formidable cresta. El arco iris vacilante brilla en su flanco de acero, y todas las tardes, mientras queda sumida en la sombra la falda de la montaña, el sol, obrando como la lava sobre la nieve, convierte en cráter el ventisquero.

siempre hacia el cielo, y vuelven a caer en el seno de los mares.

1.º de mayo de 1823.

VIII

A. M. DAVID, ESCULTOR

D'hommes tu nous fais dieux.
RÉGNIER.

Su frente blanca brilla de noche como una aurora eterna; el gamo, asustado, huye con pies veloces como unas alas; la misma águila le teme; la tempestad se arrastra debajo de él; el ojo humano apenas alcanza a distinguirlo: ¡tan cercano está del cielo!

Solo hasta sus alturas, sin temor y sin vértigo, mi espíritu, olvidándose del mundo, contempla ese día estrellado, ese cielo que no es azul, y ve muy de cerca los esplendores siderales con que la noche dibuja en lontananza esas sombrías catedrales.

Le hiere otra vez, le precipita y cambia los prismas del ventisquero en olas mezcladas con cieno. Entonces cae, entonces, despertando ecos mil, vuelve a caer convertido en torrente en el océano del mundo, en el caos ciego y sordo, en el mar inmenso y profundo en el que se parecen unas a otras todas las olas.

Así mis pensamientos, lanzados incesantemente por un soplo divino en un círculo eterno, desde el océano de la vida, cuyas olas también son amargas, ascienden

Si yo fuera uno de esos hombres geniales de uno de los siglos que fueron, que reinan aún en nuestra época desde el fondo del pasado; si yo fuera un príncipe o un poeta, o uno de esos genios cuyo recuerdo no puede borrar el tiempo, y que en días de calma o de tempestad, ya se les adore, ya se les ultraje, su memoria llega hasta el porvenir;

Si yo fuera uno de esos focos luminosos, en los que se fijan todos los ojos y que viven en el pensamiento universal; si yo fuese uno de esos hombres cuyas estatuas se ven combatidas en todos los momentos por el oleaje de las edades, y que si caen destronados de su pedestal, con el bronce augusto que los simboliza se funden campanas para los templos o cañones para las batallas:

* * *

Si yo fuese uno de esos hombres sublimes, David, mi cuerpo, creado para ser víctima del dolor, bajo tu influencia creadora renacería para vivir eternamente. Y en el remate de algún monumento o de algún teatro, coloso de bronce o de piedra, surgiría en lo alto de la ciudad como gigante centinela que la vigilase, ostentando una actitud eterna de genio y de majestad.

* *

Porque tú, cuando muere un héroe, sabes resucitarle, le sacas de la tumba para hacerle vivir perpetuamente. Rival de Ferrara y de Roma, das la vida al mármol frío de Carrara y al metal humeante, que en estatuas transformas. Los grandes hombres se tranquilizan en su sepulcro cuando tus manos poderosas, extrayéndolos del bloque o del molde encendido, los lanzan de pie en el mundo de la vida.

* * *

Sin ti, su grato recuerdo se perdería en el olvido; tú refrescas su gloria esculpiéndola sobre un pedestal; el fanal de la fama se perdería para el mundo, extinguiéndose, sin marcar en los mares ni el derrotero ni los escollos si tu soplo no reanimase su luz; tú, para evitar los abismos, levantas

el sublime coloso que en su mano ostenta el faro.

* *

Cuando a tu vista brilla el pensamiento en las facciones de un gran hombre, te apresuras a reproducirle en mármol, lo fijas, y los pueblos, contemplando la estatua, exclaman: —«Es él!» Pero antes de que pueda comprenderlo la multitud, vaga mucho tiempo por tu cerebro, como ola flameante en el fondo del volcán subterráneo, y antes de que salga a la luz del día la dejas que hierva por algún tiempo en tu alma.

* *

Llena nuestras ciudades de tus radiantes colosos, y multiplicate sin cesar entre tus semidioses. Convierte nuestras ciudades en Corintos; haz que el metal conserve tu sello, orgullo del granito. ¡Honor a la tierra que tú pisas! tu cabeza ardiente es un gran molde del que la idea sale tallada en bronce.

* * *

Bonaparte hubiera querido renacer gigantesco y marmóreo, trabajado por tus manos; Cromwell, su abuelo y su maestro, te hubiera entregado su frente sobrehumana; hubieras esculpido para España a Carlos V y a Carlomagno para Francia, po-

niendo un pie sobre la hidra de Alemania y el otro sobre las siete colinas de Roma; próximo a descender al sepulcro, César te hubiera confiado sus cenizas, y te hubiera elegido Alejandro para que le esculpieses en el monte Athos.

28 de julio de 1828.

IX

A M. DE LAMARTINE

Te referent fluctus.
HORACIO.

Hace poco la misma borrasca azotaba nuestros dos esquifes; las mismas espumosas olas nos lanzaban contra los mismos arrecifes; los mismos odios desbordados hinchaban el oleaje contra nuestras barquillas; y a la manera de Océano agitado, la multitud aullaba a nuestros pies.

* *

¿Qué iba a ser de mí en esa borrasca? ¿de mí, que apenas acababa de salir de la cuna, que vivía al aire libre y en la humilde obscuridad? ¿Por qué entregué al mar, que le rechaza, mi nido de musgo, en el que apenas penetraba la luz? ¿por qué entregué a las ráfagas mi hermoso vestido

nupcial, para que le desgarraran como una vela?

* *

¿Por qué en mis sueños delirantes, en mis ensueños de adolescente, me entusiasmaban los navegantes atrevidos, que, presintiendo un nuevo mundo, encaminaron a él sus pasos, cuya mirada se fijaba siempre en el cielo, cuya alma era la obstinada brújula, que busca siempre un polo desconocido?

* *

Esos gamas, de quienes nada es capaz de aplacar la ambición indomable, sabían que no conocíamos por completo la obra de la creación inmensa. Esos Colones que con sus poderosas manos, pesan la tierra y pesan el mar en la balanza de los cielos, y viendo que allá arriba rinde la suprema causa, conocen que falta algo para conseguir el equilibrio universal.

* *

En busca del contrapeso que le falta, navegan impertérritos para descubrir el complemento del globo. Parten, y se les complace teniéndolos por locos; las ondas los arrastran, y el universo olvida el viaje y a los viajeros... De repente salen de las profundidades del mar trayendo de él